

Extrait du El Correo

<http://www.elcorreo.eu.org/La-construccion-del-enemigo>

La construcción del enemigo

- Empire et Résistance -

Date de mise en ligne : mardi 27 octobre 2015

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

Nadie, ningún politólogo serio, negaría hoy que las dos bombas atómicas arrojadas por los norteamericanos en Japón fueron, no sólo para terminar la guerra, sino para evitar que los soviéticos se adueñaran del imperio de Hirohito. Y para exhibirles, como modo de amedrentamiento, el devastador poderío nuclear de los Estados Unidos. El miedo a la « ola roja », a su expansión, a sus conquistas, funcionó una vez más. Había que tirar esas bombas : para liquidar a los japoneses, desde luego, pero -proyectando las cosas hacia el futuro- porque todos sabían que la nueva guerra ya había estallado. La nueva, la verdadera, la que enfrentaba a los auténticos adversarios : occidente y el oriente soviético.

Entonces, ¿qué clase de guerra había sido la llamada « segunda » ? Muchos, todavía hoy, no saben responder esa pregunta. La nebulosa del enfrentamiento entre las democracias de Occidente y el totalitarismo nacional-socialista lo cubre todo, cree y dice ofrecer las respuestas, pero no, miente. Hitler fue, desde un principio, un aliado del occidente capitalista. Pese a su elocuencia, a su oratoria frenética contra la mediocridad burguesa, el Führer, y quienes lo rodeaban, eran enemigos de los bolcheviques. Una cosa eran los delirios de Hitler, sus extravagancias, sus ataques a los judíos, a los minusválidos, a los gitanos y a sus opositores, y otra era una verdad de peso genuino, que encajaba con la lógica de los tiempos : ese Führer tempestuoso era el único, en Alemania, decidido a luchar contra los soviéticos. Sólo él podría detener la amenaza de la ola roja. Las SA (*SturmAbteilung*) de Ernst Röhm se enfrentaban en las calles de Berlín con los grupos organizados de los sindicatos socialistas. Eso favorecía a Hitler y al Occidente « democrático ». Nadie decía nada. « Déjenlo al loco. Por ahora lo necesitamos. Cuando haga bien su trabajo, cuando lo complete, nos libremos de él. »

Esto se ve muy bien en una escena de la película Cabaret de Bob Fosse. Es la escena campestre. Un joven empieza a cantar una dulce canción, el sol brilla, los buenos alemanes toman cerveza y acompañan la canción del joven que viste una camisa parda. De a poco, casi imperceptiblemente, la canción se encrespa hasta transformarse en un himno de guerra que proclama : El mañana nos pertenece. Un aristócrata de la industria alemana, junto a un amigo que está de paso en Alemania, observa, sonriendo con aire despectivo, irónico pero aprobatorio, al joven y a todos los que lo han acompañado, elevando sus vasos de cerveza como lanzas de la vieja y gloriosa Alemania de los Nibelungos, del *Sacrum Imperium*, del Primer Reich. Su amigo pregunta : « ¿Por qué no los frenan ? ¿No son peligrosos ? » « Sí », contesta el aristócrata, « pero, por ahora, los necesitamos. Van a limpiar Alemania de bolcheviques y judíos. Después, nosotros tomaremos el control ». « ¿Ustedes ? » « Claro, nosotros : Alemania ». Alemania no tomó el control, Hitler se adueñó de Alemania. En otro film, un film majestuoso que dirigió Stanley Kramer y se estrenó en 1961, Juicio en Nuremberg, se juzga a los jueces nacionalsocialistas, a los que impartieron justicia durante en Tercer Reich. El fiscal los acusa de ser culpables de las crueldades, de los desenfrenos nazis. La defensa, a cargo de Hans Rolfe, un hombre brillante y apasionado, que viste una toga negra y tiene las convicciones de un pelotón entero de las SS, es impecable e implacable [[voir la scene](#)] : « ¿Qué hay del resto del mundo ? ¿No conocía las intenciones del Tercer Reich ? ¿No había oído las palabras de Hitler transmitidas a todo el mundo ? ¿No había leído su intención en Mein Kampf, que se publicó en todo el planeta ? ¿Dónde quedó la responsabilidad de la Unión Soviética, que en 1939 le ofreció a Hitler el pacto que le permitió hacer la guerra ? ¿Dónde quedó la responsabilidad del Vaticano, que en 1933 firmó con Hitler el concordato que le dio su tremendo prestigio por primera vez ? ¿Vamos a declarar culpable al Vaticano ? ¿Dónde quedó la responsabilidad del líder mundial Winston Churchill, que en 1938, ¡en 1938 !, dijo en una carta abierta al periódico Times : 'Si Inglaterra sufriera un desastre internacional, le rogaría a Dios que nos enviara a un hombre con la inteligencia y la voluntad de Hitler'. ¿Vamos a declarar culpable a Winston Churchill ? ¿Dónde quedó la responsabilidad de los industriales estadounidenses que, para ganar dinero, ayudaron a Hitler a reconstruir su armamento ? ¿Vamos a declarar culpables a esos industriales ? No, su Señoría. Alemania no es la única responsable. Todo el mundo es tan responsable por Hitler como Alemania ».

El defensor Hans Rolfe sabe lo que dice. El fiscal Lawson lo comprueba durante el juicio. Un superior lo convoca a una reunión privada y ahí, duramente, le dice : « Usted está loco. Deje de maltratar a estos jueces. Los necesitamos para la nueva guerra, la que se inicia ahora. No podemos pisotear el honor de los alemanes ». El fiscal argumenta : « Estos hombres mandaron a decenas de miles a los campos de concentración ». El superior insiste : « Eso ya pasó. Ahora hay que mirar hacia el futuro ». El fiscal Lawson, un liberal, un demócrata de esos que cada vez menos

se encuentran en EE.UU., llega hasta la puerta y se detiene. Mira a su superior. Dice : « Le voy a hacer una pregunta divertida : ¿para qué fue la guerra ? » Abre la puerta y sale.

¿Para qué fue la guerra ? Tratemos de ser breves. O sea, resumiendo : el terror a la « ola roja » se fijó en Alemania, la derrotada del Tratado de Versalles, humillante, torpe. El colmo de la diplomacia de la venganza. La República de Weimar no supo crear poder, una alegre negación de la realidad le permitía jugar a la democracia, tomar cerveza, y cantar y bailar como Sally Bowles en el *Kit Kat Club*. (Ver mi novela « La sombra de Heidegger ». También La caída de los dioses en « Siempre nos quedará París » : el cine y la condición humana. Y, desde luego, el film de Bob Fosse « Cabaret » y el de Bergman « El huevo de la serpiente ».) La República de Weimar empezó a agrietarse. Los sindicatos bolcheviques, los activistas del socialismo, lucharon en las calles, en las fábricas y buscaron salir del desastre por medio del comunismo y el apoyo de la URSS. El mundo occidental entró en pánico. ¿Quién era el mejor, en esa Alemania derruida, para frenar eso ? « Hay uno muy bueno. Adolf Hitler. Pero no es confiable. Creemos que está loco ». « Eso no importa. Mientras frene a los comunistas es nuestro hombre. Después nos ocuparemos de él ». Este fue el diálogo secreto que -no lo dudemos- se habrá sostenido en las principales alturas del poder político y bélico de Occidente. Entonces armaron al « loco ». Así crearon a su más feroz enemigo. El « loco » derrotó a los comunistas, ganó legalmente las elecciones (luego de haber matado a muchos de sus opositores y con las cárceles llenas de obreros, abogados, escritores, políticos disidentes) y se dispuso, sin más, a conquistar el mundo. El « loco » estaba loco y su locura fascinaba a Alemania. « ¿Ha visto usted la belleza de sus manos ? », le pregunta Heidegger a Jaspers. Hitler pacta con Molotov y luego invade Polonia. Empieza la guerra. Esta guerra es visualizada, torpe o deliberadamente, como fruto de la locura del Führer y su entorno de fanáticos. Falso : la guerra tiene lugar porque Occidente armó a Hitler para que frenara a los comunistas. Que nadie se asombre si Henry Ford lo visitó. Si Charles Lindberg se declaró su entusiasta partidario y además antisemita. Si la Ford le vendió autos y aviones. Si la Inglaterra de Churchill le regaló o vendió a bajo precio aviones de la RAF (Royal Air Force), con los que luego Hitler llevaría a cabo sus bombardeos sobre Londres. ¡Qué paradoja siniestra ! El León de Inglaterra, el gran Sir Winston, había entregado aviones al Monstruo que ahora destruía Londres, ciudad que él, también ahora, con gloriosa tenacidad defendía, defensa que le habría de permitir frases que la Historia recogería como ejemplo de coraje ante la adversidad (Sólo puedo prometerles sangre, sudor y lágrimas), una adversidad posibilitada por él mismo, por el héroe que ahora protegía a su pueblo de la furia de los aviones alemanes... y de los ingleses.

En suma, el guerrero anticomunista al que armaron, al que crearon para que impidiera que Alemania, el centro del mundo, el centro de Europa, la maltratada por las negociaciones posteriores a la « Primera Guerra Mundial », cayera en manos de los comunistas, se les dio vuelta y les mostró la peor de sus caras : él derrotaría a los comunistas y también a los mercaderes norteamericanos, socios del pérfida Albión. Que nadie se asombre si ahora pasa lo mismo. A Osama bin Laden lo entrenó la CIA, a él y a los talibanes también la CIA los llenó sofisticadas armas, para que lucharan contra los comunistas. Luego, los norteamericanos preguntarían a los ex soviéticos « cómo se pelea contra los afganos », sin obtener respuestas satisfactorias de militares que habían sido derrotados. Es la misma dialéctica boomerang de la que EE.UU. había sufrido las terribles consecuencias con Hitler. Arman hasta los dientes a un enemigo de su gran enemigo, y luego su aliado -que sigue armado hasta los dientes- se les vuelve en contra. Occidente creó a Hitler y luego creó a Osama bin Laden. Pareciera existir para crear, una y otra vez, sus peores pesadillas. Ahora, en esas tierras calientes, la CIA está más desorientada que nunca. Sus enemigos, como antes los vietnamitas, son evanescentes, acaso metafísicos, como decía Westmoreland de las guerrillas del Vietcong. Siempre que entro en este tema recuerdo el final de un gran film de John Milius : « El viento y el león » (*The Wind and the Lion*, 1975). En la orilla del mar, montados en sus hermosos caballos, dialogan el sheik (Sean Connery, acaso en su mejor papel) y su fiel seguidor, que le pregunta si aún están en peligro, pues los ha perseguido Teddy Roosevelt, nada menos. El sheik arroja una carcajada : « Nunca estuvimos ni estaremos en peligro. Ellos son el león, pero nosotros... somos el viento ».

José Pablo Feinmann para [Página 12](#)

[Página 12](#). Página 12, Buenos Aires, 19 de octubre 2015.